corazon, aunque tal vez con mas lijereza de la que merezco. Me ama, me lisonjea y acaricia. No hay placer que no me ofrezca, ni que yo rehuse, exceptuando, por supuesto, el de permanecer en casa. Asi pues, me ama; esto es lo primero.... Y ademas, ¿sabeis mamá, una cosa que me hace reir y llorar á la vez? Es que me parece que desde hace algun tiempo tengo dos corazones, uno grande y mio, y otro muy pequeñito... ¡Oh, Dios mio! ¡Ya está llorando mamá! Pero esto es un profundo misterio, un sueño del cielo, que quizá no sea mas que sueño.... que no se dice aun al esposo, ni á nadie, exceptuando á la adorada madre... Vamos, no lloreis, porque seguramente no será nada.

"*La culpable* MISS MARY,"

En contestacion á esta carta, la condesa de Camors recibió una á los dos dias, que le anunciaba la muerte de su abuelo. El conde de Tecle habia sucumbido á un ataque de apoplegia, que el estado de su salud habia hecho presentir desde mucho antes. Previendo la señora de Tecle que el primer movimiento de su hija sería correr á participar de sus dolorosas emociones, la

recomendaba eficazmente se dispensase de las fatigas del viaje: prometiéndole, ademas, ir ella misma á Paris, en cuanto dejese arreglados algunos asuntos indispensables.

Este luto de familia tuvo, como efecto natural, renovar en el corazon de la condesa de Camors el sentimiento de malestar y vaga tristeza, del que daban á conocer algunos síntomas sus últimas cartas, aunque atenuados y disimulados por las precauciones de su amor filial. La condesa era mucho menos feliz de lo que decia á su madre, porque los primeros entusiasmos y las primeras ilusiones del matrimonio no habían podido engañar mucho tiempo á un espíritu tan delicado y penetrante como el suyo. La jóven que se casa, fácilmente se engaña acerca de la extencion del cariño de que es objeto Es cosa rara que no adore á su marido y que no se crea adorada, por la misma razon de que se casa con ella. Este jóven corazon que se abre, deja escapar todas las desgracias, todos los perfumes, todos los cánticos del amor, y, envuelto en su celeste nube, todo es amor delante de él; pero poco á poco recobra la calma, y demaciado pronto reconoce que todo aquel concierto y embriaguez que tanto le encantaban, procede de solo

Tal era, en cuanto la pluma puede describir estos matices de las almas femeninas, tal era la impresion que habia penetrado de dia en dia en el alma delicada de la pobre Miss Mary: asi era, y para ella era mucho. La idea de que le hiciese traicion su marido, y sobre todo, que se la hiciese con la cruel premeditacion que conocemos, ni siquiera se habia presentado á su espíritu; sin embargo, á través de las corteses bondades que tenia con ella y que no exajeraba en las cartas á su madre, le veia algo desdeñoso y descuidado. El matrimonio no habia cambiado en nada, por decirlo asi, sus costumbres: comía en su casa en vez de comer en el Círculo; esto era todo. Sin embargo, la condesa se creia amada, pero con lijereza casi ofensiva.

Pero si se entristecía y hasta lloraba algunas veces, hemos visto que no desesperaba, y que aquel animóso corazoncito confiaba con intrepidez en todas las probabilidades que podia reservarle el porvenir.

Como puede suponerse, el conde de Camors permanecía muy indiferente á las agitaciones que atormentaban á su jóven esposa. Ni siquiera las sospechaba. Por su parte, mostrábase muy feliz, por extraño que esto pueda parecer. Este matrimonio habí sido un paso penoso que habia tenido que atravesar; pero, una vez consumado el delito, se habia acostumbrado á él. Sin embargo, por endurecida que estuviese su conciencia, tenía, sin duda, algunas fibras sensibles aún, y no se habrá dejado de observar que creía deber á su esposa algunas compensaciones,

Sus sentimientos hacia ella participaban de la indiferencia y la compasion. Compadecía vagamente á aquella niña cuya existencia se encontraba cogida y triturada entre dos destinos de órden superior. Confiaba en que ignorase siempre la suerte á que la habia condenado, y decidió no omitir nada para atenuar su rigor; pero pertenecía por otra parte, y mas que nunca, á la pasion que había sido el supremo delito de su vida; porque sus amores con la condesa de Campvallon, constantemente excitados por el misterio y el peligro, dirigidos además con consumado arte por una mujer tan terriblemente ingeniosa como bella, debían conservar por muchos años el idealismo de la primera hora.

Sin embargo la cortesía que el conde de Camors desplegaba con su esposa tenía límites, habiéndolo conocido la jóven condesa cuando quiso abusar. En varias ocasic-

nes había fingido cansancio para negarse por la noche á toda distraccion exterior, creyendo que su marido no la abandonaría en la soledad. Fué un error. El señor de Camors la otorgaba en estas ocasiones algunos minutos despues de comer, pero á las nueve la dejaba con perfecta tranquilidad, y una hora despues veia la jóven llegar un paquete de bombones ó un canastillo de pastelitos finos, que la ayudaban mal ó bien á pasar la velada. Algunas veces compartía los dulces con la señora Jubert, y tambien solía obsequiar al señor Vautrot. Este señor, que le fué bastante antipático al principio, había vuelto poco á poco á su gracia. Cuando estaba ausente su marido, siempre lo encontraba á su disposicion, y recurria á él para mil detalles menudos, señas, invitaciones, compra de libros, música, objetos de escritorio, etc., etc. De esto nació cierta familiaridad, comenzando á llamarle ya "Vautrot" ó "querido Vautrot" Vautrot desempeñaba con mucho celo los encargos de la jóven, y la manifestaba mucha atencion y respeto, absteniéndose por completo en su presencia de las fanfarronerías escépticas que sabia le desagradaban. La condesa se alegraba de esta variacion, y para manifestarle su complacencia, le detuvo dos ó tres

veces por la noche cuando se presentó á pedirle órdenes, hablando con el de libros ó de teatro.

Cuando el luto la encerró en su casa, el conde de Camors la dispensó el favor de acompañarla las dos primeras noches hasta las diez; pero este esfuerzo le rindió, y la pobre jóven, que ya habia edificado todo un porvenir sobre aquella deleznable base, tuvo el sentimiento de verle recobrar desde la tercera noche sus costumbres de soltero. Este golpe le fué sensible, y su tristeza fué mas grave de lo que habia sido hasta entonces. La soledad le fué muy dolorosa. No habia tenido tiempo para formarse ninguna amistad íntima en Paris: la señora Jubert le ayudó en lo que pudo; pero en los intervalos, la condesa se acostumbró á retener con mas frecuencia á Vautrot, y hasta hacerle llamar. El mismo conde se lo llevaba muchas veces antes de salir.

—Os traigo á Vautrot, querida Maria' con Shakespeare; os exaltareis juntos.

Vautrot leia bien, aunque con solemnidad declamatoria, que divertia algunas veces en secreto á la condesa. En fin, este era un medio de matar las interminables horas de la velada hasta que llegase la condesa de Tecle. Ademas, Vautrot tenia aspecto tan

rendido cuando la miraba, tan contrariado cuando le dejaba marcharse, que por bondad de alma, le invitaba á sentarse, hasta cuando la aburria.

Una noche del mes de Abril, cerca de las diez, el señor Vautrot estaba solo con la Condesa y le leia el *Fausto*, de Goethe, que la jóven no conocia. La lectura parecía haber triunfado de las preocupaciones personales de la jóven; escuchaba con mas atencion que de ordinario, con los ojos ardientemente fijos en el lector; pero no solamente la cautivaba el atractivo de la obra, sino que seguia, como sucede muchas veces, su propio pensamiento y su propia historia á través de la gran ficcion del poeta; y sabido es con qué extraordinaria penetracion, el espíritu dominado por una idea fija, descubre las alusiones é insensibles semejanzas que encuentra en otro. La condesa de Camors descubria sin duda algunas analogias lejanas entre su marido y el doctor Fausto, entre ella misma y Margarita, porque este drama la agitó profundamente, y no pudo contener la violencia de sus emociones cuando Margarita, desde el fondo de su calabozo, lanzó un grito de angustia y locura: "¿Quien te ha dado, verdugo, este poder sobre mi?.... Soy jóven, muy jóven; y morir ya!.... ¡Oh!

¡perdóname! ¿Que te he hecho yo? Ahora estoy completamente en tu poder.... Deja solamente que amamante aun á mi hijo.... Toda la noche lo he tenido reclinado sobre mi corazon.... Me lo han quitado para atormentarme mas, y ahora dicen que le he dado muerte.... ¡Jamás seré ya feliz! ¡Jamás!"

Apenas puede imaginarse la mezcla de sentimientos confusos, de poderosa simpatía, de vagos temores que repentinamente se apoderó del corazon de la jóven, hasta el punto de agobiarle; pero se reclinó en la butaca y cerró sus hermosos ojos como para contener las lágrimas que brotaban entre las franjas de sus largas pestañas. En aquel momento cesó bruscamente de leer el señor Vautrot; lanzó un profundo suspiro, se arrodilló delante de la condesa, y cogiéndola una mano:

—¡Pobre ángel!—dijo.

Con dificultad se comprenderia este incidente y las gravísimas consecuencias que tuvo, si no abriésemos aqui un paréntesis, para colocar en él el retrato físico y moral del señor Vautrot.

Hipólito Vautrot era buen mozo, y lo sabia; hasta se lisonjeaba de tener cierto parecido con el conde de Camors, y por obra